

## ALGUNOS PROBLEMAS DE LA EPISTOLOGRAFÍA GRIEGA. ¿ES POSIBLE UNA CLASIFICACIÓN EPISTOLAR?

This article treats one of the most important problems seen in the epistolary genre, the establishing of a method of epistolary classification. Given the variety and richness of this genre, it is very difficult to define its many subcategories. This classification attempts to improve defects in previous classifications. It is based on functional criteria, the authenticity of the letter and the intentions of its writer.

La epistolografía es un género heterogéneo que por su gran complejidad, formal y temática, presenta varios problemas que requieren un profundo estudio. En este trabajo vamos a ver sumariamente algunos de estos problemas, y a tratar con más detenimiento la cuestión, fundamental, de la clasificación epistolar.

a) El origen de la carta en Grecia. Es opinión generalizada que la carta griega deriva de la carta oriental, que cuenta con una larga tradición, y concretamente de la carta persa, muy utilizada en el interior de la corte persa y en sus relaciones con el exterior<sup>1</sup>. Sin embargo, por la naturaleza misma de la carta, que corresponde a una necesidad tan humana como es la transmisión de un mensaje, es más probable que sea tan antigua como la escritura misma<sup>2</sup>. El origen de la carta

<sup>1</sup> Tal es, por ejemplo, la opinión que encontrábamos en el artículo reciente de M. Acosta, «Sobre los orígenes remotos de la epistolografía griega», *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Jaén 1982, pp. 115-9. En contra, E. Suárez 1988, pp. 1144-5.

<sup>2</sup> Cf. G. Luck, 1961, p. 77, y E. Suárez 1988, pp. 1144-5.

griega, por tanto, se ha de considerar como un problema relacionado con la introducción del alfabeto en Grecia, y con la difusión de los materiales de escritura apropiados<sup>3</sup>. Por otra parte, el desarrollo del género epistolar se verá favorecido en el s. IV a. C. por la transformación de la sociedad e ideología griegas, que traerá, por ejemplo, un nuevo gusto por el realismo, por los conflictos psicológicos, la expresión de los sentimientos, y una mayor importancia del «yo».

b) Existencia de una preceptiva epistolar en la Antigüedad, en estrecha relación con la Retórica. Efectivamente, ya en los autores antiguos encontramos tres tipos de escritos sobre preceptiva epistolar: 1) Una normativa epistolar incluida en obras generales sobre el estilo (como *Περὶ ἔρμηνείας*, de Demetrio, sobre cuya fecha hay diversas propuestas, s. I a. C., s. I p. C., e incluso el s. III p. C.). 2) Tratados epistolares (por ejemplo, los *Τύποι ἐπιστολικοί*, de Pseudo-Demetrio, o el *Περὶ ἐπιστολιμαίου χαρακτήρος*, atribuido indistintamente a Libanio o a Proclo). 3) Observaciones incluidas en las mismas epístolas (Filóstrato, S. Gregorio de Nacianzo, Focio...). Estos escritos hacen referencia a los rasgos del estilo epistolar (claridad, concisión, brevedad, temática apropiada, elegancia, etc.), la función de la epístola, o a los diferentes tipos epistolares<sup>4</sup>.

c) El estudio de las fórmulas y tópicos epistolares constituye el objeto de una serie de trabajos más o menos recientes y exhaustivos, entre los que hay que destacar los de F. X. Exler 1923, H. Koskenniemi 1965 y K. Thraede 1970. Los trabajos de W. G. Doty en 1973, J. L. White en 1972 y 1984, K. Berger en 1974 y 1984, y W. G. Müller en 1980, entre otros, se refieren a las cartas del Nuevo Testamento (cf. las referencias bibliográficas en Suárez 1988, p. 1152).

d) Autenticidad de las cartas atribuidas a personajes históricos, planteada sobre todo a partir del descubrimiento del carácter falso de

<sup>3</sup> Cf. E. Ruiz, *Teofrasto. Caracteres. Alcifrón. Cartas*, (versión española e introducción), Madrid 1988, p. 131 ss.

<sup>4</sup> Un estudio reciente de esta cuestión lo encontramos en E. Suárez, «La preceptiva epistolográfica y sus relaciones con la retórica», en *Estudios de Drama y Retórica* (ed. G. Morocho), León 1988, pp. 177-204.

las cartas de Fálaris y otras colecciones epistolares por parte de Bentley, y que en algunos casos, como en el de Platón, ha sido objeto de numerosos estudios. Aparte de los trabajos monográficos sobre los diferentes autores, hemos de destacar los generales de Ch. Huit, en 1899, J. Sykutris 1931, cols. 211-2, y de M. Fernández Galiano, en 1952 y 1985, en los que examina la autenticidad de las diversas colecciones epistolares, con abundante bibliografía. El problema se complica por la existencia de cartas atribuidas a personajes históricos transmitidas por vía indirecta, incluidas, por ejemplo, en las obras de Heródoto, Tucídides, o Diógenes Laercio, así como por el variado origen de las cartas pseudoepigráficas. En muchas de estas colecciones debió de existir un núcleo originario al que más tarde se añadieron otras cartas no auténticas. En algunos casos estamos ante ejercicios escolares de retórica, cuyo autor nunca pretendió hacerlas pasar por auténticas.

e) Relación de la epistolografía con otros géneros literarios: por ejemplo, el papel de la retórica en el desarrollo formal de la epístola, y la influencia de la Comedia Nueva, el mimo y el género bucólico en las cartas ficticias de Alcifrón, Eliano y Aristéneto; la inclusión de cartas en otras obras literarias, bien como elemento de la trama (tragedia, novela), bien como un supuesto documento histórico (biografía, historiografía); el empleo de la epístola como estructura formal (tratados científicos, carta propagandística, didáctica), entre otros aspectos.

f) Conformación del género epistolar. El carácter heterogéneo de la epistolografía hace que el estudio de su desarrollo como género literario sólo sea posible viendo el desarrollo particular de los diversos subgéneros epistolares. Este no es el mismo en todos los casos, pues está condicionado por las corrientes y gustos literarios de cada época. Por ejemplo, mientras las más antiguas colecciones epistolares atribuidas a personajes históricos se remontan al s. V a. C., y desde entonces son cultivadas sin interrupción a lo largo de toda la Antigüedad, conociendo un gran florecimiento en la época baja imperial, la carta ficticia sólo se consolida como género literario autónomo a partir del s. II p. C., aunque es probable que ya antes fuera cultivada de modo esporádico.

g) El concepto de carta, es decir, la distinción de cuándo se trata de una obra en forma epistolar, y cuándo simplemente de una obra dirigida a una segunda persona. M. Van de Hout 1949, pp. 152 y s., trata brevemente el caso de la poesía arcaica, que algunos críticos, como Hirzel y Leo, ponen en relación con el género epistolar. Según estos estudiosos, algunas composiciones de Arquíloco, Alceo, Safo y, sobre todo, Teognis y Hesíodo, presentan la forma epistolar. Pero, como atinadamente señala Van den Hout, la intención de estos autores de ningún modo fue escribir una epístola poética que, por otra parte, todavía no estaba constituida como género literario. No todas las obras dirigidas a una segunda persona pertenecen al género epistolar. Por tanto, en el caso de aquellos escritos en los que el autor se dirige a una o varias personas, sin ninguna marca formal propia del estilo epistolar, nos encontramos ante el dilema de decidir si se trata o no de una epístola. Si este problema ya se presenta en las obras conservadas, tanto más en las obras perdidas, cuando los autores que las mencionan, como Diógenes Laricio, Estobeo o Pausanias, no las denominan expresamente *ἐπιστολαί*, y se limitan a indicar que estaban dirigidas o dedicadas a otra persona.

h) Pero hay una cuestión que, como ya se ha dicho, es fundamental para el estudio de la epistolografía, dado que va a condicionar el contenido de cada subgénero epistolar. Nos estamos refiriendo al establecimiento de una clasificación epistolar y delimitación de cada tipo de carta, así como los criterios empleados para ello. De estos aspectos nos vamos a ocupar en las páginas siguientes. Antes, sin embargo, es preciso mencionar dos cuestiones que afectan de una manera directa al problema de la clasificación epistolar: la división entre carta pagana y carta cristiana, y la distinción de A. Deissmann entre «carta» y «epístola».

La oportunidad de una división entre carta pagana y cristiana ha sido objeto de una gran polémica. Pero ya F. X. Exler 1924 p. 18, afirmaba que «aunque es frecuente dividir la historia de la epistolografía en carta precristiana y carta cristiana, esta división debe rechazarse, pues carece de base histórica, es insatisfactoria», ya que el cristianismo no supuso un cambio sustancial en la carta. Igualmente, citando

a E. Suárez 1988, p. 1147, «desde el punto de vista genérico no puede sostenerse hoy una distinción radical entre cartas paganas y cristianas. No escapan siquiera a las tendencias retóricas en lid (aticismo/ asiatismo)».

Respecto al segundo punto, durante largo tiempo se consideró fundamental la distinción estricta establecida por Deissmann entre «carta» y «epístola»<sup>5</sup>, distinción que, aunque en principio estaba pensada para las cartas del Nuevo Testamento, ha ejercido una gran influencia, y sobre ella descansan en último término algunas de las clasificaciones epistolares existentes como, por ejemplo, la de J. Sykutris 1931, y la de J. Schneider 1954. Deissmann distinguía entre «carta», que definía como una carta verdadera, real, personal, no literaria, dirigida a un destinatario determinado (una persona —carta privada—, o un colectivo —carta oficial—), y «epístola», esto es, una carta literaria, artística, escrita para ser divulgada (aunque esté dirigida solamente a una persona), y que sería una forma literaria más, como el drama, el discurso, la novela, etc.<sup>6</sup>. Hoy ya no es posible mantener esta tajante distinción entre carta y epístola y, como afirma Doty (1969, p. 198) tras revisar la teoría de Deissmann, ésta debe ser abandonada. Ya Deissmann vio las dificultades que planteaba esta estricta separación, lo que lo llevó a admitir también la existencia de un género mixto.

Una de las principales dificultades a la hora de establecer una clasificación del género epistolar es la imposibilidad de delimitar de una manera rígida los diferentes subgéneros debido a su rica tipología, pues con frecuencia una misma obra epistolar puede ser incluida en más de un apartado. De ahí la gran diversidad que muestran las distintas clasificaciones (prácticamente no hay dos que coincidan), entre las que hay que destacar las de Sykutris 1931, Schneider 1954, Kytzler 1965 y Doty 1969.

<sup>5</sup> A. Deissmann, *Bibelstudien*, Marburg 1895, pp. 189 ss; *ibid.*, *Licht vom Osten*, Tubinga 1923<sup>4</sup>, pp. 194-6. Otros trabajos del mismo autor interesantes para este aspecto de la literatura epistolar aparecen citados en W. G. Doty 1969, pp. 183-4, nota 2.

<sup>6</sup> Sobre este tema tratan, entre otros, K. Thraede 1970, pp. 1 y ss., H. Koskenniemi 1965, pp. 51-3, 88-92, G. Luck 1961, pp. 78 y ss., W. G. Doty 1969, G. Scarpato 1972, p. 495 ss.

Ninguna de estas clasificaciones nos convence plenamente. Las de Sykutris, Schneider y Doty son demasiado atomistas y carecen de sistematicidad y de un criterio coherente y unitario. La clasificación más sencilla y sistemática es la de Kytzler. Distingue este autor tres grandes apartados: carta privada en sentido estricto, carta oficial y carta literaria, y a su vez divide esta última en tres subgrupos: carta como forma externa, cartas de personajes históricos, cartas ficticias. La primera división tripartita nos parece acertada, pero la subclasificación de la carta literaria presenta algunos inconvenientes, algo previsible, pues se trata del grupo que, como veremos, plantea mayores problemas a la hora de delimitar sus diferentes subgrupos.

La clasificación que proponemos en un primer estadio coincide con la de Kytzler, a la que añade diversas precisiones y variaciones que completan y desarrollan algunos aspectos que este autor trata de modo superficial, como, por ejemplo, el problema de las cartas atribuidas a personajes históricos. Naturalmente, nuestra clasificación es susceptible de críticas y no carece de fallos, pero creemos que supera algunos defectos de las anteriores. Nuestra propia experiencia nos ha enseñado que, por la misma naturaleza del género, su carácter variopinto y heterogéneo, una clasificación epistolar perfecta es imposible.

Tal como hacía Kytzler, en una primera aproximación al género epistolar podemos distinguir tres grandes apartados:

A) *Cartas privadas en sentido estricto*. Son cartas reales de personas particulares, desconocidas, en ocasiones analfabetos que tienen que recurrir a otra persona que les escriba la carta, escritas sin intención de publicidad y sobre un asunto privado. Se conservan en inscripciones y, sobre todo, en papiros. Tienen un gran valor histórico-cultural, ya que proporcionan información sobre diversos aspectos de la sociedad en que fueron escritas. Hay diversos tipos temáticos: de recomendación, petición, orden, información, cortesía, etc.<sup>7</sup>. En algu-

<sup>7</sup> Vid. St. Witkowski, *Epistulae privatae graecae*, Leipzig 1907; J. L. White, «Categories of Greek Papyrus Letters. I. Third and Second Century B. C. E. Letters», *SBL Seminar Papers*, (ed. G. Mc Rae), Missoula-Montana 1976, pp. 79-84, 86-9; K. A. Kensinger, «Categories of Greek Papyrus Letters. II. Second and Third Century C. E. Letters», *SBL Sem. Papers*, pp. 84-6, 89-91; G. Tibiletti, *Le lettere private nei papiri greci del III e IV sec. d. C.*, Milán 1979.

nos casos es difícil determinar cuándo una carta es privada o no. El motivo de que una carta, en principio de carácter privado, llegue a convertirse en una obra literaria está en su posterior publicación, prevista o no por su autor, a causa de la identidad de éste, o la del destinatario, o por el contenido de la carta. Es entonces cuando se presenta la dificultad de delimitar entre carta privada y carta literaria

B) *Carta oficial*. A mitad de camino entre la privada y la literaria, alcanza una gran importancia en las monarquías helenísticas, donde es usada para las relaciones diplomáticas, burocráticas, etc. de los gobernantes helenísticos, emperadores romanos, y otros cargos públicos, y desarrolla un estilo epistolar propio. En su mayor parte nos han llegado en inscripciones, algunas también en papiros. Con Hadriano el funcionario especializado en este cometido será cubierto por literatos, por lo que a partir de esta época el estilo epistolar literario va a competir con el oficial.

C) *Carta literaria*, escrita pensando en su divulgación o, como se ha indicado más arriba, pese a no ser ésta la intención de su autor, publicada más tarde a causa de la identidad del remitente o del destinatario, o por su contenido. Como hemos dicho, este grupo es el que plantea mayores dificultades a la hora de delimitar los diferentes subgrupos, dado que algunas obras epistolares pueden ser incluidas en más de uno. Por nuestra parte, hemos establecido los siguientes apartados (en algún caso coincidimos con Kytzler).

C.1) *Carta como forma externa, o tratados en forma epistolar*. La forma epistolar es sólo la estructura externa de la que se sirve el autor para tratar temas morales, doctrinales, científicos, etc. Este tipo se desarrolla sobre todo en época helenística, y presenta diversas variedades:

C.1.a.) *Carta propagandística*. Es cultivada ya desde el siglo IV a. C. por Isócrates, Platón, Demóstenes, para exponer sus ideas políticas. Su contenido es parecido al de los discursos<sup>8</sup>. Dentro de este

<sup>8</sup> Demóstenes, en el exilio utiliza la forma epistolar, en Atenas el discurso. Isócrates escribe indistintamente discursos y cartas.

tipo podemos incluir las cartas parenéticas dirigidas a gobernantes. Diógenes Laercio menciona unas Ἐπιστολαὶ πρὸς Δίωνα, Διονύσιον, Φίλιππον de Espeusipo (IV 5), unas cartas de Estratón a Arsínone (V, 60, donde se incluye el principio de la carta), y otras de Carnéades a Ariárates, rey de Capadocia (IV, 65)<sup>9</sup>. Con el desarrollo de las monarquías helenísticas, y posteriormente bajo el Imperio romano, la carta propagandística experimenta un fuerte retroceso, con escasas excepciones, como es el caso de Apolonio de Tiana.

C.1.b.) *La carta didáctica* presenta un contenido muy variado: doctrinal, sobre problemas filosóficos y cuestiones de ética, de exhortación, justificación, consolación, etc. Este tipo de epístola usada como medio de exposición doctrinal alcanza su culminación en Epicuro, en sus cartas dirigidas a sus discípulos y amigos, en las que expone brevemente su doctrina y de las que conservamos tres en Diógenes Laercio. La carta doctrinal alcanza una gran difusión en época cristiana, pues desde sus inicios los cristianos se servían de la forma epistolar con fines doctrinales y apologéticos.

Dentro de este grupo hay que incluir también las cartas de contenido científico y la carta dedicatoria. Representantes de las primeras son Empédocles, Alcmeón de Crotona, Polemón, Filón de Bizancio, Eratóstenes, Arquímedes, Filócoro y Apolodoro<sup>10</sup>. La carta dedicatoria, poco frecuente, hace las veces de prólogo de una obra, sobre todo en trabajos de recopilación y léxicos. Así, Polux redacta el comienzo de cada uno de los diez libros de su *Onomástico* en forma de carta dirigida al emperador Cómodo, utilizando las fórmulas inicial y final propias del estilo epistolar. Igualmente Filóstrato comienza sus *Vidas de los Sofistas* con una dedicatoria al cónsul Antonio Gordiano.

C.1.c.) *Carta mágica*. Entre los papiros que contienen instrucciones sobre prácticas de carácter mágico, encontramos en ocasiones la

<sup>9</sup> Por Ateneo, la Suda y Diógenes Laercio sabemos de otros autores que también escribieron cartas propagandísticas como Teopompo y Heraclides Póntico. Cf. más cultivadores de este tipo en Sykutris 1931, col. 201.

<sup>10</sup> Sykutris 1931, col. 205, enumera algunas de las razones del empleo de la forma epistolar para un tratado científico: en algunos casos sería una forma cómoda de exponer cuestiones concretas; otras veces se trataría de respuestas a preguntas de una carta de otro colega.



forma epistolar, como, por ejemplo, en K. Preisendanz 1928 P 1 43: Πνούθιος Κήρουκι σε[βαζομένω τ]ὸν θεὸν χαίρειν, «Pnutis saluda a Cérix que adora al dios»<sup>11</sup>; *ibid.* P IV 155: Νεφώτης Ψαμμητίχῳ βασιλεῖ Αἰγύπτου αἰωνοβίῳ χαίρειν, «Nefotes a Psamético, rey inmortal de Egipto, saludos»<sup>12</sup>. La mayoría de estos papiros mágicos, sin embargo, no presentan ninguna marca formal epistolar, únicamente están dirigidos a una segunda persona. Con ello entramos en uno de los problemas del género epistolar, ya mencionado: el reconocimiento de una carta cuando no hay ninguna marca formal clara. De todos modos, no sabríamos decir hasta qué punto es correcto considerar estos papiros mágicos como obras literarias, o si estas «cartas mágicas» podrían ser incluidas dentro del apartado de cartas privadas, reales, dirigidas a otra persona, con instrucciones y prescripciones sobre rituales y prácticas de magia. Por otra parte, también las *tabellae defixionis* pueden adoptar la forma de carta dirigida a los dioses, sobre todo de ultratumba, como, por ejemplo, en B. Wunsch, *Defixionum tabellae atticae* n.º 103: «Ἐρμῆ καὶ Περσεφόνη τήνδε ἐπιστολὴν ἀποπέμπω» y A. Audollent, *Tabellae Defixionum quotquot innotuerunt*, p. 78, n.º 43: «Ὅταν σύ, ὦ Πασιάναξ, τα γράμματα ταῦτα ἀναγνῶς...», aunque las fórmulas más frecuentes son las encabezadas por καταδέω, ὠρκίζω σε, etc., más el nombre del dios.<sup>13</sup>

C.1.d.) *Carta poética*. Este tipo de carta es poco frecuente en la literatura griega; a diferencia de la literatura latina. Ya hemos visto como algunos críticos relacionan la poesía arcaica (Hesíodo y Teognis, por ejemplo), con la forma epistolar, y la consideran una especie de cartas poéticas. Pero la carta poética constituye un género difícil de detectar cuando no hay ninguna indicación expresa, en el título o en el texto, y resulta arriesgado deducir sólo por el contenido si nos encontramos ante una forma epistolar, pues no siempre donde hay una exhortación, *consolatio*, etc., dirigida a otra persona, tenemos una car-

<sup>11</sup> = Pap. Berlín 5025. Cf. J. L. Calvo - M.ª Dolores Sánchez Romero, *Textos de magia en papiros griegos*, Madrid 1987, p. 55.

<sup>12</sup> = Pap. Bibl. Nat. suppl. gr. 574, p. 76, l. 155, en griego y copto. Cf. J. L. Calvo - M.ª Dolores Sánchez Romero *op. cit.*, 1987, p. 102.

<sup>13</sup> Sobre este tipo de cartas cf. M.ª del Amor López Jimeno, «Las cartas de maldición», *Minerva* 3, pp. 145 ss., donde la autora se plantea la cuestión de su clasificación.

ta (cf. el problema mencionado *supra* sobre la distinción entre lo que es carta y lo que no lo es). Hay algunos ejemplos seguros en epigramas escritos en forma epistolar, procedentes de la *Antología Palatina*, de fecha tardía: AP V 9, 40, 292, 293; AP VI 227; AP XI 44.

C.2) *Cartas atribuidas a personajes históricos célebres*. Correspondería al tipo que Sykutris denomina carta literaria privada. Estas cartas pueden presentarse en colecciones epistolares independientes (por ejemplo, Platón, Isócrates, Apolonio, Libanio, Gregorio de Nacianzo), o incluidas en otra obra, como un supuesto documento histórico (sobre todo en historiadores y biógrafos: Heródoto, Tucídides, Diógenes Laercio, etc.).

Este es el grupo que presenta los problemas de autenticidad más complicados. En nuestra opinión, ha de ser ésta, su autenticidad, el criterio fundamental para subdividir este apartado, que presenta, por tanto, los siguientes grupos:

C.2.1.) *Cartas auténticas*. Comprende aquellas cartas de personajes históricos célebres, claramente auténticas, o con muchas probabilidades de serlo. Pueden incluirse también en este grupo algunas colecciones epistolares auténticas en su mayor parte, aun cuando la autoría de algunas de sus cartas sea dudosa.

C.2.2.) *Cartas no auténticas*: aquellas cartas que con certeza, o muy probablemente, no fueron escritas por el personaje bajo cuyo nombre se han conservado. En la subdivisión de este grupo es fundamental tener en cuenta la intención de su autor.

C.2.2.a.) *Cartas falsas*. Se caracterizan por la intención falsaria de su verdadero autor, distinto al remitente, que, al escribirlas, pretendía hacerlas pasar por auténticas.

C.2.2.b.) *Cartas ficticias*. Aunque el supuesto remitente sea un personaje real, su verdadero autor nunca tuvo la intención de hacerlas pasar por auténticas.

Aunque en teoría esta clasificación de las cartas atribuidas a personajes históricos parece sencilla y fácil, sin embargo, en la práctica presenta dificultades a la hora de incluir determinadas epístolas en un apartado o en otro. Mientras que en algunos casos está clara la autenticidad (Libanio, S. Gregorio de Nacianzo, los Padres de la Iglesia), teniendo en cuenta, por supuesto, que en estas colecciones junto a

cartas auténticas puede haber también otras falsas, en otros casos no podemos pronunciarnos con seguridad sobre su autoría, y las opiniones con frecuencia son opuestas (es el caso, por ejemplo, de las cartas de Platón, Isócrates y Apolonio de Tiana, entre otras). Por otra parte, junto a estas colecciones epistolares que pueden plantear problemas de autenticidad, hay otras que son falsas sin lugar a dudas, la mayoría de los siglos I a. y d. C.: por ejemplo, las de Eurípides, Sócrates, Hipócrates, Temístocles, Quión de Heraclea, y, cómo no, las de Fálaris. La intención de su autor al escribirlas es lo que, creemos, debe decidir su inclusión en el apartado de cartas falsas o en el de cartas ficticias. Si éste pretendía hacerlas pasar por auténticas, habrá que considerarlas como cartas falsas. Si, por el contrario, el autor nunca tuvo intención falsaria, habrá que incluirlas dentro de las ficticias. La inclusión de este último tipo dentro del apartado de cartas atribuidas a personajes históricos, en vez de agruparlas con las cartas ficticias en sentido estricto, se debe a que ignoramos cuál fue la intención de su verdadero autor.

Como ya hemos dicho, los problemas referentes a su autenticidad que presenta este grupo de cartas son diversos y complicados. En estas colecciones muchas veces hay que contar con un núcleo originario auténtico, al que se añadieron posteriormente otras cartas pseudoepigráficas, en su mayor parte ejercicios de estilo de escuelas de retórica, por lo que no es correcto hablar de «falsificación». Durante largo tiempo todas estas colecciones epistolares se consideraron auténticas, hasta el estudio de Bentley sobre las cartas de Fálaris y algunas otras colecciones en el que demostraba su carácter espurio, tras lo cual sobrevino un período de hipercriticismo, en el que se tendía a considerar falsas indiscriminadamente todas las cartas conservadas bajo el nombre de personajes históricos. Actualmente se ha vuelto a una postura moderada y se admite que las diferentes colecciones tienen unas características propias, por lo que cada una de ellas ha de ser tratada por separado como un problema particular. En nuestra opinión este criterio ha de aplicarse no sólo a cada colección, sino también a cada carta de cada colección. En el caso de las cartas incluidas en otra obra literaria, la dificultad está en determinar si son invención del autor de la obra en la que aparecen, o si proceden realmente del personaje en

cuestión, y en este último caso hasta qué punto las ha reformado el afán estilista del autor<sup>14</sup>.

C.3.) *Cartas ficticias en sentido estricto*. Las denominamos así para distinguirlas de las cartas ficticias atribuidas a personajes históricos incluidas en C.2.2.b. Generalmente se definen como ficticias aquellas cartas en las que tanto el supuesto remitente como el destinatario son personajes ficticios (cf. Sykutris 1931, col. 208). Nosotros proponemos introducir una variación en esta definición: cartas ficticias en sentido estricto serán aquellas cuyo remitente o destinatario son personajes imaginarios, variación que nos permite incluir las cartas eróticas de Filóstrato, en las que, en principio, remitente y autor son la misma persona. Sykutris incluye dentro de las cartas ficticias también las cartas pseudónimas, independientemente de la intención de su verdadero autor. Casos claros de cartas ficticias, sin embargo, son aquellos en los que los personajes en cuestión son reales, pero, a diferencia de las pseudónimas, es evidente que en ningún momento el autor ha tenido la intención de hacerlas pasar por auténticas, dado que las firma con su nombre (por ejemplo, el intercambio epistolar entre Menandro y Glícera, Frine y Pericles, y otros personajes, en el libro IV de Alcifrón). Por tanto, característica fundamental de las cartas ficticias en sentido estricto es que siempre van firmadas por el verdadero autor, a no ser que el nombre de éste se haya perdido por alguna circunstancia durante la transmisión, como es el caso de las cartas que nos han llegado bajo el nombre de Aristéneto.

Como en el apartado anterior, también las cartas ficticias en sentido estricto pueden aparecer como género autónomo o incluidas en otra obra literaria, en este caso como un elemento de la trama.

Respecto a la carta ficticia como género autónomo, no podemos decir nada seguro sobre su existencia antes de época imperial, pues no conservamos nada y sólo podemos basarnos en citas indirectas. Aunque es posible que ya antes hubiera precedentes, es en la época impe-

<sup>14</sup> Sobre los problemas de autenticidad que plantean estas cartas, véase Sykutris 1931, cols. 210-13, y Fernández Galiano 1952, 1988. Para las causas y circunstancias de la falsificación, vid. Huit 1899, pp. 152 s., Sykutris 1931, cols. 211-2, y Schneider 1954, p. 574.

rial cuando la carta ficticia como género autónomo alcanza su plenitud, en la que podemos distinguir dos variedades, que corresponderían a su vez a dos de las tendencias literarias de esta época. Por una parte, la carta etopéyica, que aspira a la pintura y representación de caracteres y tipos sociales, representada por Alcifrón, Eliano y Aristéneto. Por otro lado, la carta patológico-erótica, con un contenido más subjetivo, cultivada principalmente por Filóstrato.

Cartas ficticias incluidas en otras obras literarias como un elemento de la trama argumental aparecen por ejemplo en Eurípides, *Ifigenia en Áulide* 98 y 114, e *Ifigenia en Táuride* 770, y con relativa frecuencia en la novela (*Quéreas y Calírroe* IV 4.7; IV 5.7-8; V 2.3; *Efesiacas* II 5.1; II 5.4; II 12.1; etc.).

Dentro de la carta ficticia podemos incluir la llamada «carta divina», cuyo supuesto remitente es un dios, y que contiene prescripciones, advertencias, amenazas, etc. de carácter moral y religioso. Sykutris (1931, col. 206) la incluye dentro del grupo de la epístola como forma externa, aunque piensa que también podría ser considerada como un grado más elevado dentro del grupo de cartas ficticias de personajes famosos. Los textos conservados son de fecha reciente, a partir del s. II p. C. (el más antiguo aparece en Pausanias 10, 38, 13), pero seguramente son cultivadas mucho antes, pues Diógenes Laercio VI, 101, menciona unas cartas divinas de Menipo, Ἐπιστολαὶ κεκομψευμέναι ἀπὸ τοῦ τῶν θεῶν προσώπου, escritas como parodia de este tipo, por lo que hay que suponer su existencia como un género serio en el s. III a. C. A su vez, las cartas de Menipo serán imitadas por Luciano en sus *Κρονικαὶ ἐπιστολαί*.

Creemos que este breve repaso es suficiente para mostrar las dificultades que surgen al clasificar el género epistolar y, principalmente, la imposibilidad de precisar de una manera rígida los límites que separan los diversos tipos de cartas literarias, pues una misma carta puede ser incluida en más de un apartado. De este modo, las cartas de Platón, Demóstenes, Isócrates, Epicuro, etc., pueden incluirse entre las cartas que son tales solamente en su forma externa, o entre la epístolas atribuidas a personajes históricos. Algunos estudiosos incluyen también las cartas de Alcifrón y Aristéneto dentro del apartado de obras con estructura epistolar como forma externa, pues las consideran

como pequeños mimos o novelitas en los que la forma epistolar ha sido elegida sólo como forma estilística externa.<sup>15</sup>, o las cartas de Quión de Heraclea, consideradas a veces como novela epistolar, o las de Filóstrato, especie de elegías en prosa.

También hemos visto el problema que presenta la subdivisión de las cartas atribuidas a personajes célebres ya que, junto a colecciones epistolares que, aun pudiendo plantear algún problema de autenticidad, cuentan con un núcleo originario auténtico, hay otras falsas sin lugar a duda que, por su evidente falsedad, son clasificadas por algunos estudiosos como cartas ficticias. Los factores que hay que tener en cuenta a la hora de incluirlas en uno u otro apartado son, por tanto, su carácter auténtico y la intención del autor. En muchos casos, como ya hemos dicho, no podemos saber con certeza si se trata de una carta auténtica o no, ni, en el caso de no serlo, si ha habido intención falsaria por parte de su verdadero autor, por lo que no es posible su inclusión segura en uno u otro grupo. Estarían a caballo entre las cartas reales de personajes históricos y las cartas ficticias. Con estas consideraciones el problema no se ha solucionado, únicamente ha pasado de ser una cuestión concerniente a todo un grupo epistolar, a constituir un problema particular que hay que resolver en cada colección epistolar o, incluso, en cada una de las cartas de cada colección.

La solución al problema de la clasificación epistolar tiene que estar en la aplicación de unos criterios flexibles, que permitan una cierta elasticidad y permeabilidad en los límites de los diferentes subgéneros epistolares, que de ningún modo pueden ser categorías rígidas. El criterio aplicado en nuestra clasificación es, en gran parte, un criterio funcional: el carácter real y la intención de cada grupo de cartas. Se trata de una clasificación gradual que va desde las cartas más reales, las privadas en sentido estricto y las oficiales, hasta las completamente ficticias o ficticias en sentido estricto. Las cartas pseudoepigráficas con problemas de autenticidad serían una especie de puente o transi-

<sup>15</sup> Cf. Sykutris 1931, col. 216, que las incluye bajo el epígrafe de «cartas mímicas»; cf. también K. Gerth, 1956: «Zweite oder neue Sophistik», *RE Suppl.* 8, cols. 710-82, col. 736.

ción entre ambas: las auténticas constituirían el último grado de las reales, y las falsas, el primer grado de las ficticias. Todas estas dificultades son las que justifican la pregunta que encabeza este trabajo.

Universidad Complutense

M.<sup>a</sup> L. DEL BARRIO VEGA

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- W. G. DOTY, 1966: *The epistle in Late Hellenism and Early Christianity: Developments, Influences and Literary Form*, Drew University.
- 1969: «The Classification of Epistolary Literature», *CBQ* 31, pp. 183-99.
- F. X. EXLER, 1924: *The form of the Ancient Greek Letter*, Washington (reimpr. Chicago 1976).
- M. FERNÁNDEZ GALIANO, 1952: «Los problemas de autenticidad en la literatura griega», *Revista de la Univ. de Madrid* I, pp. 213-223.
- 1985: «Tipología de los problemas de autenticidad en las literaturas clásicas», en *Estudios sobre prosa griega* (ed. G. Morocho), León, pp. 77-9.
- R. HERCHER, 1873: *Epistolographi Graeci*, París.
- Ch. HUIT, 1889: «Les epistolographes Grecs», *REG* 2, pp. 149-163.
- H. KOSKENNIEMI, 1965: *Studien zur und Phraseologie des griechischen Briefes bis 400 n. Chr.* Helsinki.
- B. KYTZLER, 1965: «Brief», *Lexikon der Alten Welt*, Zurich-Stuttgart 1965, cols. 596-501.
- 1965b: «Brief», *Lexikon der Antike (Philosophie. Literatur. Wissenschaft)*. I, Zurich y Stuttgart (1969), pp. 261-66.
- G. LUCK, 1961: «Brief und Epistel in der Antike», *Altertum* 7, pp. 77-84.
- K. PREISENDANZ: *Papyri Graecae Magicae. Die Griechischen Zauberpapyri*, I y II, Leipzig y Berlín 1928 y 1931 (reimpr. Stuttgart 1973 y 1974).
- G. SCARPAT, 1972: «Epistolografía», en *Introduzione allo studio della cultura classica*, I, ed. Marzorati, Milán, pp. 473-512.
- J. SCHNEIDER, 1954: «Brief», *RAC* 2, Stuttgart, cols. 564-85.
- E. SUÁREZ DE LA TORRE, 1979: «La epistolografía griega». *EClás.* 83, pp. 19-46.
- 1988: «Epistolografía», en J. A. López Férez (ed.), *Historia de la Literatura Griega*, Madrid 1988, pp. 1144-52.
- J. SYKUTRIS, 1931: «Epistolographie», *RE Suppl.* V, Stuttgart, cols. 185-220.
- K. THRAEDE, 1970: *Grundzüge griechisch-römischer Brieftopik*, Munich.
- M. VAN DEN HOUT, 1949: «Studies in Early Greek Letter-Writing», *Mnemosyne IV*, pp. 18-41 y 138-53.